

ARTE Y EDUCACIÓN, NUESTRO SUBDESARROLLO CULTURAL

por Héctor Banderas Cañas

Para lograr éxito en el difícil camino que será necesario recorrer para alcanzar independencia económica, es menester que la Educación hermane en un mismo esfuerzo paralelo y prolongado al aprendizaje de conocimientos científicos y técnicos con la enseñanza y comprensión de la cultura y el arte.

Al analizar con detenimiento las causas de esta realidad, se deduce que el factor fundamental que influye en ellas es la imperfecta planificación educacional que se aplica en la mayoría de los países latinoamericanos –como en tantos otros- De aquí proviene en gran medida nuestra escasa capacidad para avanzar: sus Programas incompletos carecen de visión amplia de la vida, e incompetencia para apreciar nuestra dimensión dentro de concierto de las naciones.

La Educación General no ha reconocido en toda su importancia la utilidad fundamental que confiere al ser humano el desarrollo de su imaginación, de su espíritu, que forman los cimientos de su capacidad creadora y de su inteligencia.

Estas aptitudes alcanzan su pleno crecimiento mediante la colaboración de la Educación Artística, que es un elemento básico que la Educación General debe impartir simultáneamente con el aprendizaje de las Ciencias, de los conocimientos Humanísticos y de las Técnicas.

“La Educación Artística constituye ante la Pedagogía moderna un elemento central dentro de la enseñanza general”, dice el Preámbulo de los acuerdos a que se llegó en la Reunión de Especialistas, celebrada en Bristol, a invitación de la UNESCO. Y agrega, “Nunca como ahora el arte ha aparecido tan indispensable como salvaguardia de la integridad, de

la originalidad, de la dignidad del individuo, en un mundo donde estos valores se ven amenazados de desaparecer”.

Al educar se deben inculcar en el hombre principios estéticos, y para ello es menester el empleo de técnicas que aún no han recibido la consideración que merecen. El estudio de tan primordiales fundamentos interesa en escasa proporción, no obstante que de ellos surgirán las soluciones más acertadas a los problemas del mundo actual.

El filósofo Gastón Berger dice que la Ciencia y la Cultura son amigas que deben apoyarse. “Es falso el punto de vista que parece obligarnos a escoger entre la técnica y la cultura”.

Nuestro sistema educacional está orientado hacia la adquisición de conocimientos, a pesar de que no se ignora que los conocimientos no hacen la felicidad del hombre. Nuestra Educación es unilateral: tiene como propósito central el estudio de materias que, tras algunos años, deben servir al individuo para resolver sus problemas materiales.

La carrera angustiosa hacia lo utilitario recarga los horarios escolares con un número creciente de disciplinas, lo que obliga al sacrificio de todo aprendizaje que no aparezca de inmediato rentable.

Pero es indudable que la Educación Estética se impone a todos los hombres para facilitar su progreso intelectual, la toma de conciencia de su época, al ofrecer a todos una más amplia comprensión de la vida.

La Educación Artística imprime su sello en la formación general del ser humano. Por sus méritos se impondrá a todas las disciplinas; por su espontaneidad ofrecerá libertad; por la observación razonada, desarrollará todas las cualidades naturales en él.

El profesor Lons dijo en el Congreso de especialistas de Basilea, que el punto de vista de la utilidad predomina en el hombre de nuestros días. Es el triunfo del “materialismo”. “Donde quiera que el materialismo se

ha convertido en una realidad política, ha establecido un nuevo concepto de vida: ha cambiado la manera de pensar del hombre, para quien las máquinas significan casi todo, y el ser humano, un simple expediente. El hombre pasa a ser una parte del aparato económico, comparable a una pieza de recambio de una máquina”.

En aquella oportunidad, el filósofo Spengler sostuvo que “es la actual una cultura de trabajo; una “cultura de rendimiento”, enteramente racionalizada, en donde el trabajo no da satisfacción a las masas de trabajadores, puesto que no está en contacto con el fondo del alma. Allí donde no se alcanza cierto grado de entretención, de alegría en el trabajo, el hombre degenera como ser humano”.

Las grandes potencias mundiales se esfuerzan por elevar el standard de las ciencias, de la tecnología, de la industria, hasta el apogeo de su rendimiento. Ensayan incansablemente nuevos métodos para aumentar su capacidad. Es indudable que los dos grandes bloques, Oeste-Este, se disputan el predominio económico con el propósito de imponer sus metas políticas.

Las fuerzas creativas –cuyos objetivos son de bienestar y de felicidad- carecerán de utilidad si el ser humano acepta sumiso estas finalidades.

El profesor Lons, ya citado, agregó: “al observar el criterio imperante en los países del orbe comunista, todos los educadores deberán meditar si la sociedad humana, dominada por el pensamiento tecnológico, podrá continuar en la creencia de que los métodos artísticos siguen siendo indispensables para el progreso de las capacidades creadoras, sin las cuales el hombre no puede subsistir. Tengo la impresión -dijo- que estos métodos de educación han sido, no tan sólo mal comprendidos en aquellos países, sino que rehúsan reconocerlos: los declaran inoportunos; consideran que les incomodan en la seguridad que ellos persiguen, el de producción de bienes”.

NUESTRA ENSEÑANZA ARTÍSTICA

Una educación unilateral descuida muchos aspectos importantes que el niño y más tarde el adulto, necesitarán para adaptarse adecuadamente a la vida. Para todos ellos las tareas artísticas representan las diferencias que se producen entre individuos adaptados, seguros, y aquellos que, a pesar de poseer muchos conocimientos, carecerán de la comprensión, de la confianza que les será indispensable en sus relaciones con el medio.

En la Reforma Educacional que aprobaron nuestros Organismos Superiores de Enseñanza, y se puso en práctica con carácter “provisorio”, a partir del año escolar de 1974, se comprueba la desaparición de las “Artes Plásticas” y de las “Artes Musicales”, como se las denominaba y entendía hasta ahora. En la publicación de los nuevos Programas se puede comprobar que las asignaturas de Educación Artística se han integrado al grupo de los “Ramos Tecnológicos”. Entre ellos no se mencionan las Artes Plásticas, y si se habla de la Música, la encarga de “Desarrollar la capacidad para escuchar, imitar, reconocer sonidos de la naturaleza y de la música”.

A continuación expresa que la “Educación Tecnológica” tiende a: “desarrollar aptitudes para comprender y aplicar los descubrimientos científicos en actividades técnicas, proyectadas al proceso de producción”.

Como se puede observar, no he exagerado al afirmar mi preocupación por la suerte de la Educación Artística, en la forma como la comprenden los especialistas y los sociólogos modernos. Este criterio ha significado un retroceso si se le compara con lo que ocurría hasta entonces en nuestro país.

Todos los pedagogos y demás especialistas invitados por la UNESCO consideran que la Enseñanza Artística debe ocupar un papel importante en la vida y, por consiguiente, en la Educación contemporánea, para llegar a constituir una comunidad mundial realmente civilizada.

El arte no es una disciplina arbitraria o superflua. Es un conjunto armónico de actividades inherentes al espíritu humano, y al seguirlo, el educando encuentra un goce y expansión completa.

La educadora Suzanne Langer ha dicho: “Si no encauzamos a nuestros niños a dar expresión por medio de formas simbólicas, no desarrollaremos en ellos el medio más eficaz que tienen en sí mismo de comunicar sus sentimientos”.

El arte debe practicarse para poder apreciarlo. Es necesario que sea enseñado en un aprendizaje íntimo. Es preciso que el profesor sea un artista, que se muestre tan activo como sus alumnos, pues el arte no se aprende por medio de preceptos o instrucciones verbales: se trata de una irradiación que pasa de un espíritu a otro espíritu.

A los jóvenes dotados de talento artístico, es menester que su aprendizaje se inicie desde sus primeros años, tal como ocurre con algunos instrumentos musicales. Solamente en esta forma se logrará adiestrar su habilidad manual; la comprensión de los materiales con que trabaja y se les interesará por los conocimientos que complementarán su cultura.

Creo necesario dejar constancia –a propósito de estas consideraciones– que ha sido insignificante lo que se ha intentado hasta ahora por ayudar a estos jóvenes dotados de cualidades sobresalientes. En nuestro país existe preocupación muy justificada por los seres “deficientes”. Es una obra positiva y humanitaria que todos aplauden. Pero esa minoría de jóvenes nacidos con algún don especial para la investigación científica y el cultivo de las artes, no reciben la atención preferente que merecen. Ningún país culto carece de establecimientos especializados en que reciben formación profesional adecuada.

IMPORTANCIA DEL ARTE

El arte opera en el campo de la emoción: al agudizar y refinar los sentidos, el arte desarrolla todas las facultades del hombre.

Delacroix dijo que mucha gente tiene una manera de ver falsa e incierta. Esa gente ve los objetos literalmente, pero de lo exquisito no se entera en absoluto.

La ciencia no puede revelar sino uno de los aspectos de la vida, pues al dedicarse a lo que es objetivo y racional, tiende a menospreciar lo que es afectivo y particular. La objetividad de la metodología científica ha habituado al hombre a desconfiar de sus intuiciones, de su naturaleza sensible. Los progresos científicos son impresionantes; pero los métodos empleados han hecho desaparecer uno de los valores esenciales de la vida: a la inversa de lo que ocurría antes, el obrero moderno no cumple sino una limitada tarea: el papel que juega en la fabricación de un objeto es reducido y oscuro. En su trabajo no encuentra estímulo ni el agrado que produce la actividad creadora, ni el gozo de realizar una obra original.

El arte puede darle todo esto porque se nutre de los sentimientos y de las reacciones humanas.

El arte es también un medio de comunicación y entendimiento entre los hombres.

La Educación ha sido concebida generalmente como un proceso destinado a fortificar la capacidad de razonamiento. Sin embargo, desde hace tiempo se ha hecho evidente que esta supremacía otorgada al razonamiento implica la supresión de elementos instintivos y afectivos del ser humano. Es necesario aceptar que la psiquis humana no conseguirá equilibrio por ninguna forma de limitación impuesta por el intelecto, y que para ello deberá existir fraternidad entre los dos aspectos de nuestra naturaleza, que llamaremos intuición e inteligencia, o bien, imaginación y abstracción. Sobreestimado el poder de la razón,

o menospreciando el poder de la imaginación, se permitirá al error, triunfar sin obstáculo.

La fuerza del pensamiento está dirigida por los sentimientos.

El papel que ha desempeñado siempre la obra de arte, es la creación concreta del hombre, en la que sus impulsos están sometidos a la disciplina del ritmo, de la proporción y de la armonía, en donde se produce el entendimiento de las energías vitales del animal en la razón.

En las numerosas Reuniones Internacionales efectuadas por la UNESCO, a partir de 1967, se puso en evidencia “que los viejos desajustes de la mayor parte de los sistemas educativos nos están llevando al borde de una crisis. Estas características se conocen y sienten más a fondo en las regiones que se encuentran en vías de desarrollo”.

Bernard Shaw manifestó en cierta oportunidad: “Me permito llamar la atención al hecho de que las bellas artes son el único maestro, fuera de la tortura”.

En el proceso creador, el artista lleva dentro de sí imágenes cargadas de emoción, pues el acto creador se anticipa a la realización de la obra misma.

Desde la época paleolítica el talento creador ha marcado la trayectoria de la humanidad. Las artes tienen un papel vital dentro de la cultura: han contribuido al desarrollo del hombre: es un instrumento que le sirve para protegerse y liberarse al mismo tiempo.

Hace más de 50 años, Herbert G. Wells manifestó que “la historia de la humanidad se va convirtiendo en una carrera entre la enseñanza y la catástrofe”.

PAPEL QUE CORRESPONDE AL ESTADO

En septiembre de 1952 se reunió en Venecia, a instancias de la UNESCO, una Conferencia de Artistas, para estudiar lo que es posible hacer para ayudarles, para protegerles; en qué forma pedir al Estado su participación en el fomento de estas actividades, evitando instaurar un arte oficial o dirigido.

En su discurso de apertura, el Director General de ese Organismo, doctor Torres Bodet, dijo: “En una época en que el mecenazgo está a punto de desaparecer, corresponde al Estado ocupar el sitio que pronto estará vacío. Lo que incumbe al Estado es facilitar las mejores condiciones posibles para suscitar y sostener los talentos que merezcan su apoyo. Su misión no consiste en dirigir el talento, y menos aún en someterlo, sino en fecundarlo, favoreciendo al aprendizaje del artista; ayudándolo a darse a conocer; a hacerse editar; a que sus piezas sean representadas, y su música escuchada. Le corresponde, en fin, estimular la difusión de las obras de arte, y velar por la educación plástica, musical y literaria del público, para conseguir que cada día un mayor número de hombres y de mujeres sean sensibles a la calidad, permeables a la armonía, ávidos de excelencia. De este modo, el Estado evitará que se contenten las masas con esos productos mediocres que son como la degradación de las obras maestras, con los que satisfacen el ansia de belleza de quienes, si alguien se hubiese cuidado de formarles el gusto, sabrían reconocerlas en sus más auténticas expresiones. Una de las tareas más elevadas que el Estado puede proponerse es la de no permitir que por pobreza, por ocio o por ignorancia, el que posee dones artísticos se encuentre impedido de verlos fructificar”.

El poeta Ungaretti expresó a su turno que: “lo que une a las artes, a pesar de sus diversidades, es la conciencia de que un único y común secreto de poesía los anima. La poesía es un soplo, un hálito fugaz que eleva la singularidad de una obra a la categoría de belleza universal. Pero el milagro no reside en el lenguaje, sino en la tensión que ennoblece este lenguaje, que lo capacita para realizar objetos sublimes

y arrobadores. En la suposición de que este estado de tensión abandonara el corazón y el pensamiento del hombre, el hombre, privado de su dignidad, semejaría a la bestia”.

Las grandes culturas no han dejado otros signos aparentes de su opulencia que sus obras de arte, reveladoras de sus hábitos, de sus intenciones, de su religión, de sus gustos, de sus supersticiones.

Es notoria la tendencia, al parecer mundial, de dar sobresaliente publicidad a numerosos hechos de menor importancia, aquellos del acontecer diario que predominan en la crónica y aún en la crítica de los medios de difusión. Me refiero especialmente a la música trivial, al fútbol, al boxeo y demás espectáculos comercializados. Es indudable que debería darse mayor trascendencia al comentario autorizado de los acontecimientos culturales y artísticos de calidad, aún cuando, en estos casos se exija al público un mayor esfuerzo de reflexión.

Honegger habló a nombre de los músicos en aquella Conferencia. Expresó que “es un hecho comprobado que el público no se interesa verdaderamente sino por aquella música que ha tenido oportunidad de escuchar con frecuencia. La experiencia prueba que si el auditor toma contacto en repetidas ocasiones con una obra de valor, mayor es su deseo de escucharla. Se trata, dijo, de una cuestión de “no-conocimiento”. Lo que se necesita es hacer oír música por audición directa, comenzando por los autores contemporáneos, para remontar, progresivamente, hacia los clásicos”.

La Conferencia de Venecia proclamó que toda actividad creadora exige respeto a la libertad de expresión del artista. Reafirmó que esta condición básica tiene carácter universal y forma parte de los “Derechos Humanos”, que los intelectuales y los artistas deben contribuir a defender, porque es sobre el ideal de la libertad de los artistas y de los intelectuales que reposa la civilización moderna. Se dejó constancia de que las bellas artes, a diferencia de otras disciplinas, no figuran en el plano internacional suficientemente representadas.

IMPORTANCIA DEL ARTE EN ORIENTE

Es preciso reconocer que, en general, las primeras manifestaciones de arte aparecen en el Oriente, como ocurrió también con la cultura y las ciencias. Así aconteció en la China, en la India, en Mongolia, en Indochina. Más adelante se las encuentra en las culturas del Mediterráneo.

En las refinadas civilizaciones de Asia, la enseñanza sistemática de la música, al igual que la práctica de las demás artes y artesanías, continúa realizándose hoy día como hábito de esas culturas.

Por remota tradición, un hombre cualquiera no será considerado como hombre cabal, si no posee comprensión y sensibilidad artística, a la vez que cultura general. La Exposición de Arte Infantil Japonés, que nos visitó a comienzos del año pasado, nos demostró cómo se respetan estos principios, al observar sus diversos trabajos de creación y comprobar por el Folleto oficial que la acompañaba que en sus Planes de estudio se incluyen de 4 a 6 horas semanales de "Arte" y "Música"; y esto ocurre a pesar de que esos escolares deben estudiar 9 horas semanales de matemáticas y todas las demás asignaturas.

Dice Khalil Gibrán que en toda el Asia el artesano ha sido siempre un artista. Los oficios se han legado de padres a hijos, generación tras generación. El objeto trabajado con manos hábiles es producido con amor.

EL ARTE COMPLEMENTO DE LA CULTURA

Cuando elegimos una concepción literaria de la Democracia, una de las lecciones más valiosas es que la Educación no debe ser solamente el aprendizaje de variadas materias, sino además el análisis de las diferencias existentes entre los seres humanos, como de conciliación del individuo con la sociedad.

Si el niño aprende a organizar su mente sobre la base del sentimiento estético, es evidente que la Educación debería tener como objetivo reforzar y desarrollar tal sentimiento. Esta verdad, a la que han vuelto los sicólogos modernos, fue claramente expuesta por Platón, y constituyó la base del sistema educativo planteado por él.

Decía Platón que: “toda la gracia y armonía de vivir, la disposición moral del alma misma, son determinadas por el sentimiento estético: por el reconocimiento del ritmo y la armonía”. “El arte debe ser la base de toda forma de educación natural y enaltecedora”.

A la Educación debemos responsabilizar por nuestras acciones. Si estamos capacitados para comprender la belleza; si gozamos de paz interior; si comprendemos las virtudes de la cooperación, es porque la Educación ha sembrado en hora temprana estas semillas. Pero sí, por el contrario, ha descuidado nuestro crecimiento emocional y nuestra habilidad para adaptarnos a la convivencia con la comunidad; si no advertimos lo bello que la vida y la naturaleza nos ofrecen, también es consecuencia de que ella no ha desarrollado en nosotros la capacidad para apreciarlas.

En cierto sentido el arte es dominante, absorbente, porque exige a quien lo practica constante dedicación, entrega total de su voluntad. Pero este sacrificio es tolerable para quien lo ama sinceramente, porque recibe como recompensa algo que sobrepasa su dádiva, en elevación, en armonía, en satisfacción íntima, en conocimiento. Es un privilegio que beneficia a todos, sin esperar compensación: ilumina e inflama la vida de aquellos que, por no poseer aptitud, jamás lo percibirían.

Mahatma Gandhi expresó: “Vivimos en una época que tiene la conciencia de su propia derrota y de su creciente falta de sensibilidad moral. Aumenta por todas partes la amargura y la intolerancia. Languidece la llama creadora que ha dado luz a la gran sociedad del hombre. La dignidad del hombre requiere obediencia a una ley más elevada, la del poder del espíritu. Debe cesar esta carrera loca hacia la

riqueza, y debe asegurársele al obrero no sólo un salario adecuado, sino también una tarea diaria que no sea una mera esclavitud”.

Prueba de la influencia del arte como elemento educativo, como ocupación y, aun, como mero pasatiempo, reside en las inagotables posibilidades de experimentación que le son propios. La cualidad que presenta de enfrentar nuevas situaciones, hace que sea tan apasionante para quienes lo practican o lo comprenden.

Como ya se ha dicho, educar es ayudar a despertar los valores personales. El educador de arte no debe influir sobre ellos, sino respetar esos valores del niño y del adolescente. Estas aptitudes naturales pueden convertirse en riquezas espirituales si se crean condiciones apropiadas.

Pero, si educar no es “influnciar”, tampoco es “dejar hacer”.

La tarea del educador requiere mucho tacto, conocimientos especiales, discreción, para colaborar a su desarrollo.

Años atrás, a la enseñanza de las artes se las llamaba “Dibujo” y “Canto”. Estas denominaciones correspondían a un criterio en que el maestro procuraba impartir nociones, conocimientos, recetas. En el concepto actual, se procura que el alumno se exprese con entera libertad: que despierten sus facultades originales.

El niño dibuja y pinta para expresarse. Este acto equivale a la formulación de una confidencia. Al hacerlo va perfeccionando sus formas de pensamiento. Es esta su escritura, que se anticipa a su lenguaje hablado: más que cualquier otro medio la pintura es su expresión natural.

El hombre que ha recibido este adiestramiento, reúne sus conocimientos y sensaciones por la facultad que ha adquirido de colocarse por sobre el materialismo de la vida, lo que le capacitará para encontrar en las obras del espíritu las mayores satisfacciones.

La educación artística no es una disciplina exclusiva para niños dotados de talento: no es su intención la de formar futuros artistas. Pero es evidente que la influencia que ejercerá un buen educador especializado, dejará un rastro profundo en la formación armónica de todo ser.

Mientras las grandes realizaciones logradas en el campo de las ciencias y las técnicas han mejorado el nivel material de gran parte de la humanidad, no cabe duda de que esos asombrosos adelantos no han traído las satisfacciones que se han buscado en ellos, porque la vida ha sido desviada de los principios que satisfacen nuestra sensibilidad.

“La ciencia sin arte es barbarie”, escribe Will Durant. “Una filosofía que no se conmueve ante la belleza, es indigna del hombre. Sólo el artista puede captar las formas pasajeras y estamparlas en moldes que resisten a la muerte”.

ACERCA DE LA CRÍTICA

Estas sucintas observaciones acerca del arte y de nuestra realidad educacional las he enunciado como antecedentes para explicar cómo sus vacíos y sus errores son causantes de la falta de fundamento con que nuestra colectividad juzga los frutos del espíritu. Su indiferencia ante las manifestaciones del arte y del intelecto.

Explican, entre otras cosas, el auge alcanzado por cierta música comercializada, cuyo predominio en la Radio y la TV ha creado una nueva “autoridad” en materia de difusión musical, la de los “Disk-Jockeys”. Asimismo, la carencia de una Reglamentación que obligue a las Empresas Difusoras a emplear parte de su tiempo en instruir a la ciudadanía transmitiendo programas de música de Arte, y entre ellas, la de Compositores nacionales de categoría.

Sin embargo, a pesar de estas circunstancias deprimentes, los artistas prosiguen su camino; persisten en portar la antorcha de sus ilusiones.

“El laurel de Apolo no morirá mientras subsista la especie humana”, dice Gide.

En nuestro medio la tarea del artista es difícil y solitaria.

En tiempos pasados, en países de mayores tradiciones, la gente se cuidaba de juzgar con ligereza las ideas de los pensadores y las obras de los artistas. Hoy día se ufana por expresar ideas definitivas y no se esfuerza por comprenderlas. Sólo juzga y opina, a pesar de carecer de preparación para apreciarlas. Es frecuente escuchar a personas de apariencia educada y aun de profesionales, confesar que “no entienden de arte”. Pero esta confesión, no les impide opinar sobre lo que han declarado no comprender. Confunden la belleza natural con la belleza artística.

Entre el público y los artistas existe escasa comprensión y estima. Anota Jean Cassou: “La sociedad nada pide al artista moderno, ni siquiera que se la ensalce a la manera tradicional. No les ofrece ninguna oportunidad... Nada se le ha dado. Nada, sino su diferencia personal, su talento”.

Pocos parecen enterarse de que, al realizar una exhibición de obras; al publicar un libro; al entregar una obra musical o una pieza teatral para su ejecución, el artista realiza un esfuerzo que obsequia al público. No ha pensado, talvez, que esta acción es el resultado de años de estudio y de labor. No repara en los riesgos a que se expone al ser juzgado, no siempre en imparcialidad, por críticos cuya formación estética a menudo no está asentada en las sólidas bases culturales que le son indispensables. Por estas causas, a menudo desorientan y aún dañan la imagen que se tiene de ellos.

La historia está sembrada de ejemplos de artistas cuya obra fue desconocida o menospreciada en su tiempo. Acá, entre nosotros, se van extinguiendo los personeros del numeroso grupo de talentosos pintores que se unieron al estímulo de los maestros Juan Fco. González y Fernando Alvarez de Sotomayor. La mayoría de ellos fue víctima del

medio que ignoró sus relevantes méritos: Ezequiel Plaza, Paschin, los hermanos Vergara, los Lobos, Gordon, Luna, David Soto, Madariaga, Moya y otros, fueron arruinando sus vidas hasta desaparecer, ahogados por la existencia desordenada a que los llevó el despecho por el fracaso que no merecían. Tan sólo salvaron a esta suerte aquellos que tuvieron apoyo de sus familiares: Julio y Manuel Ortiz de Zárate, Laureano Guevara, Jorge Letelier, Vargas Rosas, Enriqueta Petit, Laura Rodig, Elmina Moisan, Camilo Mori, Judith Alpi, Marco Bontá, Ana Cortés. “Gran Capitanía de pintores”, como los bautizara Waldo Vila. Grande en talento, en conocimiento de su oficio, en su laboriosidad, pero insignificante en el éxito de que disfrutaron la mayoría de ellos.

Para ejercer la delicada misión de crítico, se requiere, además, prudencia, imparcialidad, capacidad para ver lo esencial, lo característico de la obra estudiada. Su labor tiene doble faz: la de juzgar y la de orientar. Esta última va dirigida al público, al que es menester ayudar a comprender, a interesarse, a ampliar su cultura. En esta forma el crítico estimulará a quienes leen, escuchan y observan.

Leí hace algún tiempo ciertos conceptos estéticos acerca del arte y los artistas. De ellos voy a reproducir algunas frases. Decían: “La crítica suele ser fácil, pero el arte es siempre difícil. Su parto es doloroso, merece respeto, simpatía y cariño, si no admiración. La actitud del crítico debe ser eminentemente abierta e imparcial; la belleza no se halla limitada a una escuela particular. Su influjo interpretativo puede establecer selecciones, pero con la precaución de no provocar derrumbes dramáticos sino en ocasiones y con motivos bien justificados; destruir al artista significa destruir el arte y toda posibilidad de progreso. El crítico bienintencionado puede estimular, orientar, comprender, sacar a luz lo mejor de la vida interior; una sutil ironía conducirá con eficacia al artista a formular su propia crítica correctiva. En buenas cuentas, el juego del crítico servirá para señalar a las miradas distraídas los puntos de mayor significado y relieve”.

GENERALIDADES ACERCA DE LO BELLO

El Arte puede definirse como un ensayo creador de formas que satisfacen nuestro sentido de lo bello; que nos deleitan.

Platón pedía “el ideal del sereno equilibrio en que la forma se idealiza”.

Es sabido que el concepto de lo bello cambia y se manifiesta de modo diferente según sea la época, la cultura y el individuo.

Tanto el Arte nacido en el Mediterráneo, como el Arte del Extremo Oriente, o el Islámico, son hermosos, como lo son las obras creadas por los Aztecas, los Incas y los Africanos, aun cuando los cánones de belleza sean diversos, y no nos sea fácil gustar de otras bellezas distintas a las que nos habituamos desde nuestra niñez.

Lo que hoy se conoce como “Arte Moderno” y “Arte Abstracto” despierta reacciones airadas de muchos. No es de dudar, sin embargo, que no serán todas nuestras pinturas, nuestras obras literarias y musicales, llamadas a perdurar en la perspectiva del tiempo. Pero podemos estar ciertos de que, a pesar de las numerosas tendencias, serán muchos los creadores cuyo talento ha producido obras claves, que interpretan el momento en que vivimos, y significarán la esencia de todo análisis que futuros pensadores hagan del arte del anárquico siglo en que vivimos.

Una de las características del espíritu humano es la necesidad que siente de dejar rastros de su experiencia: los dibujos, los bajo relieves y pinturas que han quedado en las paredes de las cavernas, nos han dejado imágenes luminosas del nacimiento de la cultura. El historiador sabe que el arte la refleja. Nada podrá describir con mayor exactitud un período remoto que los objetos encontrados entre los restos de una civilización.

En nuestra época el hombre siente asimismo que le es necesario dejar testimonio de su quehacer. Sin embargo, en gran proporción, adultos y

jóvenes se ven frustrados en sus esfuerzos por dar a conocer sus puntos de vista, olvidados en medio del torbellino que los arrastra por caminos en los que no desearían continuar: rutas en las que el materialismo imperante, confunde sus mentes.

Sartre hace un llamado para que “no se olvide que los seres humanos –hombres, mujeres o niños- no son máquinas ni términos de lógica: no se les puede clasificar dentro de un sistema”.

El estudioso del Arte, sea cual fuere su propio concepto de lo bello, admitirá toda manifestación legítima que provenga de cualquiera época o de distintas razas. Rechaza, por tanto, los méritos relativos de “estilos” y de “modas”, que periódicamente se van excluyendo.

Lo que se busca en el arte es ese elemento vivaz que comunica su mensaje de belleza.

Los estilos pasan, se suceden, se desplazan.

Lo permanente es el talento.

Al sorprendernos con la altura lograda por las creaciones artísticas de las antiguas culturas, comprendemos la necesidad imperiosa que ha sentido el hombre de hermopear todo lo que le rodea: su morada, sus edificios ceremoniales, sus elementos de uso diario, y todo cuanto ha creado. El apremio que o ha movido siempre a embellecer lo que le acompaña es testimonio de la persistencia que esta necesidad ha alcanzado a lo largo de la historia.

El arte de nuestro tiempo es tenso, a veces desconcertante, porque es reflejo de una etapa de crisis, de ansiedad de descontento; que ha vuelto la espalda a las sabias lecciones que da la naturaleza. Los hombres de ciencia y los políticos hablan pomposamente de “Humanidad” y de “Progreso”; invocan el “Derecho” y la “Libertad”. Han creado sinnúmero de Organismos Internacionales fundamentados en los más elevados principios humanitarios y culturales. Mientras la

Ciencia pregonada por ellos: “que había acudido a liberar al hombre de todos sus males”, ha pasado a ser instrumento de los conflictos más crueles e inauditos.

Así es nuestro siglo: nuestra civilización amenaza derrumbarse; dos guerras mundiales han arrasado la tierra; las dictaduras totalitarias se burlan de los Derechos Humanos y de los Tratados más solemnes; las armas nucleares; el espionaje; los campos de concentración; los Hospitales-Cárceles, etc. nos revelan con crudeza la ferocidad que se ha venido engendrando. Es así como hemos comprendido que la Ciencia no es garantía de felicidad, porque entre sus afanes no existen preocupaciones éticas. La ciencia y la máquina se han convertido en usurpadoras de los Derechos Individuales. Han dado nacimiento a las “superpotencias”, cuya característica es la privación de estas garantías. Su proceder es frío, indiferente. No ha dejado lugar a la alegría.

A estos extremos ha sido llevado el hombre actual, el hombre masa, capaz de sentir emociones de amar, de sufrir, de tener ambiciones.

La humanidad se muestra incapaz de recapacitar... No adquiere experiencia ni madurez.

Dice Horacio Serrano: “El avance material, el logro más apreciado del capitalismo como el socialismo, no ha sido capaz de satisfacer las aspiraciones humanas arrancadas de su órbita por el descubrimiento de la técnica. Hay hambre. No hay trabajo. El hombre está desorientado; no sabe dónde conduce la ruta que ha seguido”.

Lo imprevisible de estos hechos ha alterado la vida: el hombre ha regresado a la ignorancia, y mientras mayor es la cantidad de nuevos conocimientos, más sombrío es su aislamiento.

ARTE DESHUMANIZADO

Para Ortega y Gasset, la prueba de la “deshumanización del arte” reside en el divorcio que existe entre el público y el artista. Este divorcio a que se enfrenta el artista moderno es un fenómeno innegable, que se viene observando desde hace más de 60 años.

Es fácil comprobar que el exceso de intelectualismo de ciertas tendencias actuales, contagiadas por los avances de la técnica, las ha llevado a extremos inconcebibles, en los que ha desaparecido la presencia del ser humano como centro de sus preocupaciones, y en que los recursos empleados han sufrido, a su vez, peligrosos extravíos.

Este arte sí que es deshumanizado, porque cualquier intento de reducir el arte a meras abstracciones, debe ser tenido como actitud deshumanizada. Esta nueva “mentalidad tecnológica”, lejos de representar un arte de avanzada, “revolucionario”, caracteriza a una cultura que declina.

Lo admirable es que el hombre siga luchando a pesar de todo, y que, desilusionado o triste, continúe abriendo caminos y hasta creando obras de belleza en un mundo negativo.

Son los visionarios, los filósofos, los artistas, los que, gracias a su espíritu, a su vocación, han conservado los atributos más preciados de la humanidad.

Cézanne, Van Gogh, Matisse, Picasso, Braque, Chagall, Moore, Debussy, Stravinsky, Schoenberg, Chostacovich, Honneger, se lanzan contra las convenciones de su época; echan abajo muchos cánones de la Academia. Son líricos y poetas que expresan con violencia sus emociones; deforman a veces, pero no olvidan al ser humano como centro de sus preocupaciones.

“Buscamos en la obra de arte –dice Herbert Read- no un excitante para nuestras emociones, sino paz, deleite, reposo, equilibrio”.

El escritor Fernando Durán comentó recientemente una Conferencia dada en París por el eminente crítico René Huygue. De ella copiamos algunas referencias:

“Es hora de decir la verdad, de hablar francamente. El arte atraviesa por una crisis sobreaguda, y aunque sus cultores traten muchas veces de escudarse tras la alambicada explicación de una búsqueda de nuevas formas inéditas o de exploraciones en los abismos del espíritu, es indispensable reconocer que existe una fuga de numerosas formas expresivas en que se comprueba el renunciamiento del hombre a ser, a construir su propia imagen. El arte moderno registra signos de alarma. El malestar, la inadaptación que muestra, y que viene acusándose desde hace una cincuentena de años, es un indicio grave, porque la reacción del pintor es escapar, huir de la realidad de sí mismo, de su dificultoso encaje en que se mueve y existe. Huygue no vacila en llamar a esta actitud “esquizoide”, revelación de la escisión, el quebrantamiento, la ruptura de la personalidad. “Después del subrealismo, agrega, la repulsa de la figura, la negación de lo real, fue haciéndose morbosa”. Señala los ejemplos de Mondrian, “refugiado” en el cómodo asilo, inalterable, imperturbable de las formas geométricas”. Recuerda “los relojes reblandecidos de Dalí; la pululación de formas hirvientes de Michaux y de Tobey, las barreras infranqueables de Soulanges”.

“Son signos –termina diciendo- de una civilización que no presagia mañanas victoriosas”.

En los tiempos en que vivimos, en que el desarrollo y hasta la supervivencia del ser humano dependen de la calidad y de la evolución de la cultura, sería funesto descuidar el rumbo que adopte la Educación, empezando por la formación estética y moral.

Confundido por la complejidad de la lucha por su supervivencia, el hombre ha descuidado sus preocupaciones personales. El arte está presente al interpretar los acontecimientos.

Los artistas crean la imagen representativa de su medio y de su época. Es por su cultura, por su capacidad, que las civilizaciones perduran en el recuerdo.

Vicente Huidobro escribe: “El poeta es un hombre que vive oyendo su alma y el alma del mundo”.

Al ocupar nuestra mente, al interesarnos y distraernos, el arte nos hace escapar a los problemas diarios que nos absorben.

El arte debería ser una experiencia compartida por todos.

El profesor Juan Itten expresó en el Congreso de Basilea que: “Si los profesores de Arte luchan por ocupar el lugar preponderante que les corresponde en la Educación General, su profesión será una de las más estimadas, aun por parte de esos orgullosos matemáticos, en la suposición que comprendan verdaderamente que hemos llegado al punto más culminante de peligro en la historia de la humanidad”.

Las reuniones internacionales de especialistas han sido unánimes al estimar que la participación en la vida artística es necesaria para todos, pues la preocupación esencial es convertir la vida en algo más rico y más intenso, que dé a la existencia su plena significación.

Nuestra sociedad está amenazada física y espiritualmente. Comprende que su modo de vivir se ha apartado del camino que la naturaleza le ha señalado. Busca dar mayor significado a sus actos, que le ofrezcan mayor atractivo a su existencia.

Uno de los problemas más graves que enfrenta nuestra civilización es el que plantea la incapacidad de la mayoría de los individuos de someterse a un objetivo que lo interese. Es así como encontramos grupos cada vez más numerosos de gente que marcha sin rumbo, presas del tedio, hacia la descomposición, hacia la nada.

Con sobrada razón preocupa a los sociólogos el vacío que experimentan los hombres ante las largas horas de descanso de que disfrutan, después del éxito logrado en las luchas por sus privilegios. Grandes multitudes carecen de distracciones, porque no han sido preparadas para aprovechar estos descansos en su beneficio. A pesar del cine, de la TV, del teatro, de los espectáculos deportivos, las estadísticas acusan aumento del alcoholismo, de la delincuencia, de los adictos a las drogas, de la decadencia de la moral; efectos todos de la vida sin rumbo, que desperdicia sus energías.

Es en este caso –como en toda otra oportunidad– en donde las artes pueden desempeñar su función orientadora, pues dará a todos los momentos que se le dediquen, calidad de intensa emoción, al despertar reacciones espirituales y creativas.

Robert Rey ha escrito que “si una nación ve descender su prestigio, ve también, de inmediato, disminuir su potencia creadora, de tal modo que puede advertir si es real o ilusorio su crecimiento, si su capacidad creadora se desarrolla o se detiene”.

Había dicho Goethe: “El que quiera dar nuevo impulso a su vida y encontrar al mismo tiempo una orientación y una armonía nuevas, que se vuelva hacia el arte”.

Para lograr este ideal de superación, repito, deberá existir estímulo por parte de la sociedad, pues el arte adquiere profundidad cuando el ambiente en que se nutre le es propicio. A la vez, y por sobre todo, le será indispensable contar con la comprensión y el apoyo de los gobernantes para dar a la Educación Artística el rango que le corresponde, al inculcar en el hombre el hábito de practicarlo, de gustarlo, de comprenderlo; hasta que adquiera el placer de tenerlo a su lado, ya sea en libros, en grabaciones, en reproducciones..., en las múltiples formas como hoy se logra disfrutar de ellos.

Al terminar estas palabras creo oportuno recordar algunos acápites del “Decálogo del Artista”, de Gabriela Mistral, nuestra Gabriela:

Dicen así:

“Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo”.

“Subirá de tu corazón a tu canto, y te habrá purificado a ti el primero”.

“Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres”.

“Darás tu obra como un hijo, poniendo en ella tu sangre de mil días”.

“No será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción”.

“No te será pretexto para la lujuria, no para la vanidad, sino ejercicio divino”.